

LA REDENCIÓN DE LOS LOCOS

Juan José Morales

 ACUEDA
EDICIONES

La redención de los locos

Juan José Morales



La redención de los locos
© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2022
© Juan José Morales, 2022

Diseño y diagramación: Héctor Huerto Vizcarra
Diseño de cubierta: Gerardo Espinoza

Editado digitalmente por:
Asociación por la Cultura y Educación Digital
ACUEDI Ediciones
Calle Vertiente N° 179, La Molina
RUC: 20546738419
hector@acuedi.org

Primera edición: Abril 2022
Edición digital en EPUB
ISBN: 978-612-5041-18-0
Hecho el depósito legal en la
Biblioteca Nacional del Perú N° 2022-03353

Índice

Uno.....	7
Dos	30
Tres	52
Cuatro	73
Cinco	99
Seis.....	128
Siete	149
Ocho.....	166
Nueve	171

Uno

—Yo soy su consecuencia.

El hacha se enterró en la sien del policía. Luego de hacer un esfuerzo de sacarla del cráneo, la herida se convirtió como en una boca de un borracho, cuando vomita hasta la bilis después de varias noches tomando en una cantina, solo que en vez de vómito, era masa encefálica y pequeños fragmentos de hueso.

—No... no más, te lo suplico, por favor.

Más allá, otro policía yacía acostado con dos profundos agujeros de bala en el pecho, en un rincón de aquel puesto de policía de una ciudad que estaba hundiéndose en una guerra civil.

—Ella también suplicaría —el hombre del hacha fue caminando hacia la décima tercera víctima. Pisaba fuerte, pero no tanto como para solapar el ruido de las explosiones distantes de la plaza.

—¡Dios! Yo no... No sé qué pasa... —No podía gritar porque los músculos de su abdomen se desgarraban cada que se contraían por el llanto. Solo salían lágrimas y se escuchaba un sollozo leve—. ¿Por qué? Yo... Llegaste sin más... los mataste. —Miró esa hacha ensangrentada. Se tambaleaba juguetona. Se paralizó. Ya no sentía nada. Solo quería dormir. Sus ojos se cerraban mientras observaba las piernas negras acercarse, fluían las imágenes del pasado.

Era pequeño y sostenía con su cabeza el ladrillo de la puerta del salón. Segunda vez que fallaba la tabla del dos. Los conceptos más básicos eran un infierno para él. E.l «asno» le decían en los patios de juego.

Una botella se revienta en la pared, cerca de él. Era su padre con ojos inflamados que lo insultaba y amenazaba. Con una bofetada lo envió al suelo. Una palabra penetró en su ser: «inútil». Al día siguiente dejaría sus estudios para ayudar a su madre en su trabajo. Fue ahí cuando creció en los ambientes de patronos enojados, indecorosos y humildes; de trabajo duro, de jovencitas bonitas que se le apartaban, de una pubertad miserable.

Pasaba su tiempo libre mirando a la calle por la ventana de su diminuta habitación, donde apenas cabía con su madre. Anhelaba, desde el vidrio, volar alto y viajar por todo el mundo. Esa pasión lo mantenía a pesar de su situación. En hojas de cuadernos viejos, pintaba mares, ríos y todo tipo de paisajes. Se divertía él solo soñando con mundos imposibles.

Los días y las noches pasaban. Tan iguales como el anterior, pero hubo una excepción. Fue una tarde de viento primaveral, cuando el año finalizaba y la gente salía más a menudo a las cantinas. Los hermanos y amigos de su patrona tocaron la puerta. A él le pidieron hacer el café y comprar los panecillos. Con bandeja en mano y ropa elegante, bajó las escaleras y recorrió uno de los pasillos internos de la casa. El suelo era de baldosa tosca y roja; las paredes de cal. Aún recuerda el olor de ese pasillo húmedo.

Escuchó multitud de voces, pero una dominaba claramente a las otras. Una voz muy gruesa, de un hombre mayor. El joven dejó la bandeja con los aperitivos en la mesita que todos rodeaban. Se irguió y sus ojos se encontraron con los de la figura pulcra. Él le sonrió y le guiñó el ojo. Tenía unos cuarenta años, tal vez. Su cara mostraba cierta luminosidad. Al igual que su carisma, su uniforme de capitán de la policía lo hacía sobresalir mucho. Se puso nervioso por esa presencia y se fue casi corriendo.

No pudo dormir ese día, ni los siguientes. Se desvelaba hasta muy tarde. Pensaba en volar, en ser gigante, en salir de allí. Miraba a su madre que dormía a su lado y las lágrimas se le venían encima.

—¿Te molesta algo, pequeño? —le preguntó ella en una de esas noches.

—¿Ah?... No, solo que... —giró su cabeza. Sus ojos reflejaban la luz de la luna mejor que nunca—. Ese policía de hace días, ¿crees que podré ser como él? Era el centro de la conversación. Todos lo respetaban.

—Solo con esfuerzo podrás lograrlo —sonrió.

El resto es confuso para él. Solo puede recordar los días después del funeral que lo dejaría solo para siempre. En el velorio, el chico lloraba a su madre. Recuerda muy bien las flores y los murmullos. Recuerda muy bien la mano de su padre en su hombro antes de que se fuera y no volviera jamás. Viviría unos días en esa casa, conviviendo con las miradas extrañas y despectivas.

El capitán iba todas las tardes. Una vez llevaba ropa deportiva: un pantalón café, camisa blanca y unos zapatos negros. La camisa estaba un poco sucia, no porque su mujer se hubiese olvidado de lavarla, sino que ya tenía sus años. Meciéndose en una silla en el balcón, veía al joven limpiar cuidadosamente las macetas en el patio. Se miraban de vez en cuando.

Una de esas tardes el policía se puso su abrigo y salió preocupado. Le dijo a una de las hijas de la patrona, con tono indiferente, que el joven se había ido, que ya no volvería. Pagó un taxi y fue al lugar donde había dicho que se iba. Se apeó en la plaza central y subió unas escaleras. El capitán necesitaba decirle algo y lo iba a buscar hasta el fin del mundo. Ni siquiera sabía su nombre, solo quería quitarse esa espina del corazón que lo hacía infeliz todos los días.

Las piernas negras son más grandes.

Estaba parado viendo fijamente la catedral. Los transeúntes pasaban al lado de él, cual río que se abre paso a los costados de una roca. El capitán estuvo veinte minutos buscándolo entre el gentío antes de encontrarlo. Se acercó lentamente. Le puso una mano en su hombro izquierdo. Este volteó y luego volvió a posar su mirada sobre el edificio.

—¿Cómo has estado, pequeño? —le dijo el viejo después de un minuto de silencio.

—No me diga así. No tiene el derecho —le contestó Ricardo sin mirarlo.

La mano en el hombro bajó. El policía se acercó aún más y se puso a su lado, mirando la misma estructura.

—Soy Pablo. Mucho gusto en conocerte, Ricardo —su voz era seria, pero para nada amenazadora.

—¿Qué hace aquí?

—Quiero saber cómo estás.

En su rostro surcaron varias lágrimas, pero continuó con la mirada hacia aquella catedral.

—¿Te gusta? ¿Sabías que tiene casi ciento veinte años? El arquitecto fue...

—Ya, basta —lo interrumpió el joven. Su voz se quebró un poco al final. Parece que ya no podía mantener esa gran tristeza—. Váyase, déjeme solo.

—Sé cómo te sient...

—¡No, no, no! No sabe cómo me siento. Nadie lo ha sabido nunca. Ni siquiera les ha importado cómo me siento. — Esta vez sí le hablaba de frente. Sus ojos eran como los de un león, pero muy en el fondo Pablo vio un núcleo de desolación y dolor—. Nadie, no, nunca. Solo se ríen y pasan por encima de mí.

Me ven como a un maniquí que se mueve por ahí. —Empezaba a alejarse. Las personas se le quedaron mirando—. Mi padre se fue o murió decepcionado de mí. El velorio de mi madrecita se hizo mientras había una fiesta en la sala. Era un cajón puesto allí por quién sabe por qué. A mí, a nosotros, nos trataron como perros callejeros. Yo... yo...

Un guardia apareció para calmar aquel desorden.

—¿No ven que están rompiendo el silencio de este hermoso lugar? —dijo el guardia que tenía una estatura de un metro ochenta. Esa figura imponía—. ¡Largo de aquí!

—Disculpe, señor, no se preocupe, estamos bien —respondió con la cabeza casi gacha Pablo al poste alto que era aquel guardia.

—No, usted está bien, yo no. Yo no estoy bien y nunca lo estuve. —El joven seguía gritando—. La gente lo respeta, lo ama, la gente lo trata como si existiera. —Sus piernas no aguantaron su debilidad y cayó de rodillas. Miraba el suelo, lo mojaba con sus lágrimas—. Antes no existía. Morí cuando nací. Ahora sí existo en el infierno. Ya llegué. No hay nada para mí —. El pecho le dolía. Se lo apretó con ambos brazos. Tenía frío y estaba sudando—. ¿Qué pecado he cometido?

—Los meteré al calabozo si siguen alterando el orden público —gritó el poste alto de cabello castaño, ojos negros y cara sucia—. Arreglen sus problemas en la intimidad.

La inexpresividad abarcó de nuevo la cara de Ricardo. Antes era la catedral, ahora miraba el suelo como un maniquí.

—Y a nadie le importa —pensó este.

Pablo se acercó al muchacho, se arrodilló. El policía dejó de botar saliva y se quedó observando la escena. Era el único, ya que el gentío había perdido el interés en esos dos. Era una época tensa, y para las personas era más importante ganar algo

de dinero y poder alimentar a sus prójimos que ver a dos locos arrodillados balbuceando.

—Fue hace unos cuatro años —le dijo Pablo después de casi un minuto de silencio—. Estaba con mi mujer y mis cinco hijos en un restaurante. Mi hijo más pequeño jugaba un poco alejado de los demás. Estaba borracho, diría después. Solo excusas para ocultar mi culpabilidad. Mi mujer se levantó para pagar la cuenta (siempre lo hacía ella). Mis otros hijos... no sé qué estaban haciendo —inclinó su cabeza—. El chiquitín, Gabriel, se alejó demasiado. No se dio cuenta de que donde jugaba ya no era la acera, sino la calle. Un automóvil pasaba por ahí...

Ricardo levantó la cara. Los dos se miraron.

—Mi mujer no me lo perdonó —siguió Pablo—. Mis otros hijos se fueron con ella. Si yo no hubiera sido un alcohólico, un vicioso, tal vez estuviera aquí conmigo. Pero no se puede, es imposible. Lo hecho, hecho está. No puedo desfallecer. No puedo detenerme. Yo tengo que seguir. Dejé la bebida y hago todos los días un esfuerzo para conseguir ese algo que aún no conozco, esa cosa que mantiene vivo el corazón. Y usted...

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

—Venga conmigo, ¿o quiere volver a esa casa?

—No... no quiero hacerlo. Pero, ¿está hablando en serio? —se pasó el antebrazo por la cara y se secó las lágrimas—. Mi mamá me decía que no confiara en desconocidos.

—Tu madre tenía razón, pero creo que esta vez nos saltaremos esa advertencia —terminó la frase con una sonrisa, aquella que irradiaba fuerza y por la cual Ricardo no dormiría varias noches después de haberla visto esa primera vez—. ¡Vamos, muchacho! —Pablo le dio la mano a Ricardo para ayudarlo a levantarse. Este se rehusó y se puso de pie. Su cara mostraba aún decaimiento, cansancio, desconfianza. Miró al que iba a ser su tutor e inmediatamente bajó la mirada. Pablo se dio cuenta de

ello. Se estremeció por una idea. Una idea acompañada de un sentimiento de ánimo: «tengo, debo, salvarlo y así me salvaré a mí mismo».

—Se dirigió al policía— Señor, disculpe el alboroto, ya nos iremos de inmediato.

—Sí, ¿pero a dónde se lleva al joven? —respondió aquel.

—A una oficina de identificación cerca de aquí.

El policía se quedó ahí hasta que los perdió de vista. Reflexionaba sobre todo lo ocurrido. Le parecía extraño ese hombre. Veía algo detrás de esa cara amable.

Ricardo Cabal tenía diecisiete cuando se enlistó a la policía. Fue tres semanas después de fallecida su madre. Su vida había cambiado en tan poco tiempo. Vivía en un apartamento que, según Pablo, debía sentirse como en casa. Estaba compuesta por una sala suficientemente grande como para albergar un sofá de dos cuerpos y una mesita pequeña que servía de comedero. También tenía un cuadro de flores viejo que estaba desgarrado en una esquina. En el lado derecho, entrando a la sala, estaba el cuarto de Pablo. En el lado izquierdo, su habitación y una cocinita. Estaban separadas por la puerta del baño.

Era ya su décimo día de trabajo. Llegaba a las siete a su apartamento luego de diez horas de patrullaje, de separar borrachos que peleaban en sitios públicos y de controlar a las cada vez más descontroladas manifestaciones, que, según decían sus superiores, eran puro vandalismo comunista. Empezó a subir las escaleras del edificio para llegar al cuarto piso, donde estaba su apartamento, cuando, atrás suyo, se acercó alguien. Iba a voltear para ver quién, pero una mano se posó en su espalda y lo detuvo.

—¿Cómo fue tu día, amigo mío? —le dijo Pablo López mientras subía las escaleras a su lado y lo hacía seguir su ritmo por el apretón suave de la mano que tenía en su hombro.

Obtuvo de Ricardo Cabal un «estuvo bien» imperceptible y roto. Su cara estaba pálida; sus ojos, hundidos por las ojeras. No hacía contacto visual con él. Miraba el suelo y su mentón temblaba un poco. Lo que tenía no era solo cansancio, sino miedo. Y López lo sabía.

—Bueno, mi día, si te soy sincero, fue muy aburrido —habló Pablo como si su protegido le hubiera preguntado—. Había uno que otro ebrio, un accidente de coche y... mmm, uno de esos sucios y miserables indígenas robándole a un pobre mendigo muy conocido y amable de una vecindad.

Siguió el silencio. Subieron al cuarto piso y empezaron a caminar el largo pasillo. Pasaron por el departamento número 13... 14... 15... Este último tenía la puerta suficientemente abierta como para que se asomaran dos ojos. Los policías no se percataron de este vigilante. Al final, y siendo este el último apartamento del edificio, se encontraba el número 16; ¡hogar, dulce hogar!

Pablo López abrió la puerta, pero dejó pasar primero a Ricardo Cabal, que aún tenía ese aspecto de estar muerto en vida. Se sentaron en el diván y empezaron a comer unas arepas rellenas de arroz y carne que había comprado Pablo en una esquina cerca de allí.

—¿Qué te hicieron esos compañeros tuyos? —pronunció esto como con asco. En la cena solía haber conversaciones, aunque en verdad eran más monólogos de López que otra cosa.

—Nada —al fin habló Ricardo—, nada.

—Hoy llegó un hombre a la estación. —El capitán hablaba con la boca llena, aun así, se le entendía—. No te lo iba a contar, pero, ahora que lo pienso, es bastante cómico. Llegó agitado y sin pantalones ni calzoncillos. Tenía el pajarito libre y arrugado por el frío. «Auxilio, alguien, por favor, corro peligro», nos gritaba —agudizó su voz—. Nosotros nos asustamos y ya

nos preparábamos para sacar el arma y llamar refuerzos —se detuvo aquí para darle una mordida a su arepa. La pausa duró unos treinta segundos, mientras pasaba el bolo alimenticio—. «Mi mujer me persigue. Ella es el demonio mismo cuando se enfurece. Sálveme, señores agentes, por favor». Nos quedamos viendo entre nosotros, luego fijamos la vista en esa bola de pelo púbico que tenía. No pudimos resistir la risa. «Métase a la estación y busque un pantalón. Estará a salvo. ¡Veal! ¿No es esa la que viene ahí?», le dijimos. Este se volteó y su cara expresó terror absoluto. «¡Oh, por el creador del mundo! Ahí viene, señores. Los matará a ustedes también. Agárrenla a bolillazos, es la única manera». Resulta que ese hombre siempre iba los miércoles en la mañana a las casas de putas. Se gastaba una gran cantidad de dinero de lo poco que le ingresaba a su familia de diez hijos en esa diversión. Su mujer sospechó, lo siguió al salir de su casa y lo vio entrar a esos lugares —empezó a reírse—. Parece que no le dio tiempo de ponerse los pantalones y salió en pique al ver a su mujer correr hacia él. —Ahora reía a carcajadas. Un pedazo de carne salió disparado de su boca—. Hubieras visto a esa mujer. Parecía un boxeador. Sus brazos eran gruesos y caminaba doblada, ¡ja, ja, ja, ja!

Pablo López, en su risa descontrolada, en la que le salía hasta gallos, veía una leve sonrisa en la cara de Ricardo. Su cara ya tenía algo de color. No obstante, sus ojeras y su pose jorobada no se iban. Era un día muy largo.

—¡Bien! Yo estoy muy cansado. Tú lo estarás también. Vamos, campeón, limpiemos este desorden y vayámonos a dormir.

Ya habiendo hecho el aseo, se dispusieron a entrar a sus cuartos. Pablo López, antes de entrar al suyo, volteó y su mirada se clavó en la de Ricardo Cabal, que también había volteado en la

entrada de su habitación. Este le sonrió al que ya empezaba a ser su padre.

—Buenas noches, Pablo.

—Buenas noches, Ricardo.

Se cerraron las puertas. La sala se quedó desierta.

En el apartamento de al lado, el número 15, la persona que había observado a los policías sin que estos se dieran cuenta, una anciana de casi ochenta años, reflexionaba sobre sus vecinos.

El astro rey empezaba a descender desde la cima del mediodía. Era un día extrañamente fresco. El frío no reinaba en la capital. Los parques seguían llenos de personas: ancianos callados que se sentaban y tiraban maíz a las palomas, jóvenes inspirados por las nuevas ideas que alzaban su voz al unísono. La basura seguía acumulándose a orillas de las calles, un bufet para los sin techo, que eran muchos. Deambulaban de toda raza y cultura. No lo hacían por su condición genética, como dirían algunos.

Mientras, los obreros descansaban el almuerzo, los campesinos vendían su café y las señoras limpiaban y fregaban pisos a la vez que estaban pendientes de la ropa en las cuerdas por si se alargaba una lluvia impetuosa. La guardia presidencial, más atenta y nerviosa que nunca, custodiaba la casa de aquellos extremistas que intentaban manchar la santa patria con sus sueños dañinos, conglomerados en las calles principales. Era una época tensa para un país polarizado.

Las familias se rompían. Los antes hermanos ahora eran enemigos tintados en azul y rojo. Los niños morían de hambre. Un falso abogado asesino tenía un juicio. Un hombre, cansado de ser un don nadie, miraba el esqueleto lleno de terror que reflejaba su espejo y luego se fijaba en el revólver que tenía en sus manos, revólver cuyo disparo despertaría al monstruo que hay en todos los humanos. «Malditos vándalos, siembran el caos. Solo para

eso sirven», gritaría una mujer a unos jóvenes que protestaban en la plaza central. «Entonces, ¿cómo, si no es por el caos, se cambia la mente de seres caóticos?», le replicaría un hombre de entre el grupo.

Las elecciones presidenciales se acercaban. Se insultaban entre sí los diferentes bandos. Un pueblo miserable temblaba de terror y odio al intentar defender los ideales de uno o de otro. Pero ya había un ganador, un presidente, era seguro aquello. Pablo López estaba parado en medio de la entrada de la estación. Debía vigilar y estar pendiente a cualquier extrañeza. El poco personal y los pocos equipos, además de la falta de financiación para sostener el edificio que se caía a trozos, le daban el triple de trabajo. Era mucho para su cuerpo ya viejo.

—¿Muy cansado? —le dijo el mayor. Estaba parado firmemente detrás de él, en la sala principal. Llevaba su uniforme bien planchado y limpio. Su aspecto era aseado. De cerca, se veía aún más limpio. Su perfume se podía oler en todos los lugares por donde él pasaba—. Debería tomarse el día.

—Hoy quiero comer —le respondió López sin voltearse a mirarlo. Tenía una leve sonrisa en su rostro.

Al mayor se le escapó una risita. Miró el suelo y alzó las cejas por un momento. Aceptaba ese argumento.

—Bueno, sí, sí; vea... pero creo que tendrá tiempo para contestar el teléfono —hablaba con su sonrisa de medio lado que denotaba su sarcasmo—, ¿o se morirá de hambre?

Pablo López al fin giró y miró al mayor. No le gustaba su risa sarcástica. Había muchos aspectos que no le agradaban de ese tipo. Era algo egocéntrico y fanfarrón. Cuando contaba sus historias de vida, le agregaba tanto a estas que terminaban rozando lo fantástico. La aprehensión de un simple ladrón de bolsos femeninos resultaba como una persecución de muchos coches de policía y de tantos heridos. Aun así, siendo un hijo de

puta fastidioso, tenía otros aspectos buenos como la valentía o, paradójicamente, la confianza. Podían contarle un secreto y este se lo guardaría hasta la muerte.

—¿Qué llamada?

—¿Yo qué voy a saber? Vaya usted y arregle eso —puso otra vez la sonrisa de medio lado—. Rápido que después se nos meten y su fuerza es la única que puede detenerlos —se empezó a reír.

Sí, Pablo López también sentía aversión por su humor tan simplón. El teléfono estaba en el escritorio de la oficina del mayor. Se podía entrar y salir de esta como si nada. Era la mejor estación de policía del sur y eso parecía una casa de prostitución.

Tomó uno de los pocos teléfonos que había. Se detuvo un momento. Tenía el teléfono a la altura de su pecho. Suspiró. No sabía por qué sentía el pecho apretado. Esa mañana se había despertado a las cuatro de la madrugada. Pasó toda la noche sudando, como si tuviera fiebre. Por momentos, creía ver a una niña de pelo y ojos profundamente negros en el rincón de su habitación. Abría sus ojos e intentaba fijarse, pero no había nada. Se puso el teléfono en la oreja derecha y habló.

—Subteniente Pablo López Jaramillo, ¿con quién tengo el gusto?

—¿Subteniente? —dijo una voz muy conocida con un tono sorpresa y preocupación, o eso se lograba escuchar. Esos teléfonos, aparte de viejos, no tenían una mayor nitidez de sonido.

—Soy Ricardo Cabal —siguió hablando la voz de su exprotegido—, ¿cómo estás?

Una corriente pasó por todo el cuerpo de López. Sentía miedo, mucho miedo. Sin embargo, no sabía por qué. Se acordó de esa niña en el rincón. Su temperatura aumentó de repente. ¿Acaso es esta voz? —Le cruzó por la mente en un instante.

Quería hablar, en verdad quería, pero no podía articular las palabras. Eso desesperó más su ser.

—¿Aló? —Ricardo ya se disponía a colgar.

—Sí, hola; estoy aquí —temblaba su voz. Él también lo hacía. Miró su mano izquierda puesta en el escritorio. Parecía como si tuviese frío, pero vaya que ardía.

—Perdón por no haber llamado... ¡Pff! Eso suena como si nos hubiéramos visto hace unos meses. Ha pasado tanto, Pablo. ¿Cómo te encuentras?

—Yo... —en verdad le costaba. Inspiró profundamente y luego exhaló. Iba a repetir el mismo ejercicio, pero un «¿aló?» de la llamada lo interrumpió—. ¡Eh! Sí, estoy muy bien, ¿y usted?

—Este... bueno... bien. Le... lo quería llamar para, solo para saber, verá... —la voz de detrás de la llamada también estaba nerviosa, pero según el veloz pensamiento de Pablo, no estaba asustada y tan quebrada como la suya. El terror que sentía Pablo era de él únicamente—. Hace unos días me llegó un rumor por parte de unos amigos... Por cierto, ¿te acuerdas de esos compañeros de trabajo de los que tanto te hablaba?, ¿esos que me hacían los días difíciles? Pues ahora son mis amigos, desde ya hace tiempo. Puedo considerarlos mejores amigos. Bueno, como le decía, esos rumores dicen que soy candidato al puesto de mayor de la estación del oeste. —Hubo un silencio de unos treinta segundos—. Yo, en realidad, no lo quería llamar para alardear de mí, ni nada por el estilo. Lo tenía pensado desde hace tiempo. Fue mi novia la que me dio el empujón. Solo creo que necesitaba decírtelo... Quiero que... quiero que te sientas orgulloso de haber cambiado la vida de una persona para bien. Te pido disculpas... han pasado nueve años...

—¡Oh!, ¿por qué me pides disculpas? —lo interrumpió Pablo—. No te preocupes, no te preocupes. Me alegro tanto por eso. ¡El mayor de la estación! Vaya, estoy tan orgulloso de ti. Tu

madre debe estarlo más que todos. —Ese calor, ese miedo se estaba mitigando. Su mano ya no temblaba tanto—. ¿Te acuerdas cuando hablamos de nuestros sueños? Yo te dije que el hombre, cuando se propone algo, no se detiene ante las tempestades o el poder del enemigo, siempre toma lo suyo cuando es lo suficientemente aguerrido. Me imagino ahora mismo tu aspecto. Debes relucir como nunca. ¿Y novia? Me perdí de mucho. ¿Cuándo podremos desatrasarnos de todo?

—Podríamos hablar mañana mismo. En aquella cafetería que tanto íbamos los fines de semana. Mmm... ¿A las ocho, tal vez? —no era una pregunta del todo, ya que no esperó a que su receptor respondiera. Siguió hablando al instante como si ya hubieran acordado la fecha y hora. «Cuando está entusiasmado, no para de hablar», pensó López—. Quiero verte, Pablo, hablar de muchas cosas contigo, rellenar de alguna manera todos esos años. —Hubo otro silencio, pero fue más corto que el primero. Ambos se querían decir de todo, pero no hallaban las palabras—. Ahorita, cuando te presentaste dijiste «subteniente». Entonces, te bajaron de... rango por... eso.

—Ya te dije que no te preocupes tanto, por Dios. Estoy bien. Eso que pasó ya es pasado. ¿Qué te he dicho acerca del pasado? Lo hecho, hecho está. Solo mira al frente, al futuro, y luego al presente para evaluarte, a ver si estás hecho para lo que aspiras o si necesitas mejorar.

—Sí, señor, sí, claro.

Hablaron unos quince minutos más. Al fin colgaron y arreglaron verse al día siguiente. Pablo se quedó observando de pie la ventana de la oficina. Estaba sucia y se le veía el óxido al marco y a las rejas. A pesar de eso, se lograba ver algunos pajaritos pasar de un lado a otro. Se acordó que al lado del edificio había un gran jardín de muchos árboles en el patio de una vieja casa. Se posaban allí, en las copas de los árboles, que era

lo que se podía ver de ese jardín estando en el segundo y último piso de la estación, pajaritos de diversas especies. Los techos de las estructuras circundantes estaban llenos de nidos. Había momentos en los que se podía escuchar ruidos provenientes del techo, cual alimañas que se mueven dentro de una pared.

Fijó su vista en un colibrí azul verdoso que se detuvo en la ventana y lo miraba a él. Era ya raro encontrar esa ave en aquellas zonas. Miró al animal largo rato. Él seguía ahí, suspendido en el aire. El polvo, que estaba en el marco base de la ventana, saltó un poco. El colibrí, asustado, voló rápidamente a quién sabe dónde. Pablo escuchó ese temblor, pero no reaccionó. Su mente aún estaba en un estado de obnubilación. Los cuadros que pintaban las paredes de la oficina se habían movido un poco. Los dedos de su mano izquierda, que posaba en la superficie del escritorio (no había cambiado de pose), saltaron unos instantes por el temblor. El mayor venía corriendo hacia Pablo López. Llevaba un semblante que mostraba agitación.

—¡Viene gente! ¡Mucha gente! —Al ver que Pablo no le respondía, se llenó de pura desesperación—. ¡¿Qué mierda te pasa?! Reacciona. Una puta multitud embravecida viene hacia acá. Vamos, imbécil, y asegura la entrada. Yo llamaré refuerzos.

El terror que había sentido desde esa madrugada, volvió. Esta vez más destructivo que nunca. Su cuerpo se estremeció por completo. Reaccionó unos segundos después de haber ocurrido esa explosión lejana, causa del temblor. Miró al mayor.

—¿Qué es lo que pasa, Alejandro... mayor? —tenía la cara pálida. Sus ojos se salían de sus órbitas.

—Ajusta la hijueputa puerta. Allá están algunos agentes. Ve y coordínalos —decía todo esto mientras presionaba las teclas del teléfono—. No hay servicio, no hay servicio, ¡no hay servicio! —El mayor Alejandro Villamizar golpeaba las teclas del teléfono.

Ricardo Cabal dejó el teléfono en el soporte. Aún seguía nervioso. Al día siguiente vería de nuevo, después de mucho tiempo, al que fue su tutor por poco tiempo, a su ejemplo a seguir, a la persona más buena que había conocido. Sin embargo, él también escuchó unas explosiones no muy lejos de ahí poco tiempo después de colgar la llamada.

Se dirigió corriendo a la salida de esa estación de policía. Para llegar, debía cruzar un pasillo de unos diez metros de largo. Su estado de ánimo por esas explosiones le dio una dosis de adrenalina que lo hizo ir sin ninguna deliberación a ver lo que ocurría. Corría, pero creía que caminaba cual anciano. Entró al pasillo. Recorrió tres metros. Un disparo. Se detuvo, se congeló. Varios disparos. La sala al final del pasillo centelleaba. Un grito desgarrador. Sus piernas no le respondían. El miedo se apoderó de todo él. Su corazón se le salía e, incluso, le dolía. Había pocos policías para poder controlar una situación extraordinaria. Si eso que pasaba era un disturbio (se escuchaba de lejos gritos, silbatos, vidrios rompiéndose y más gritos), estaban perdidos. Todo esto lo pensó en un segundo Ricardo Cabal.

Como un relámpago, le llegó la imagen de su prometida. No podía morir ahí. Empezó a caminar lentamente, hasta se le había olvidado sacar su revólver. Lo desenfundó y lo tomó con las dos manos. Seis metros. Una especie de golpe fue encestado. Se oyó un grito ahogado. Se podía escuchar las súplicas de un policía: Leónidas Carrascal, Ricardo pudo reconocer su voz. También había otro que maldecía, pero sus insultos salían sin aliento alguno... estaban muriendo.

—¿Será un motín? ¿Cómo puede ser esto un motín? — Hablaba para sus adentros Ricardo—. Esto es una masacre.

Se recostó en la pared para sorprender a aquellos monstruos causantes de todo esto. Ocho metros. Múltiples golpes o cortadas (se podía escuchar mejor cada vez más esa escena

macabra), le daban fin definitivo a la vida de ese que insultaba. El corazón se le salía por la garganta.

—¿Por qué no llamé refuerzos? —se acordó que sí intentó llamar, pero no había red. Su mente le fallaba. A veces se convertía en el estúpido que era antes.

Nueve metros y medio. Solo escuchaba los pasos de una persona. Ese ser estaba en la pared perpendicular a donde él estaba recostado. Emitía unos gemidos de forcejeo. Posiblemente era solo una persona, pero ¿acaso es capaz de hacer todo esto una sola persona? Algo sonó, como si alguien desenterrara una pala... o cuando el carnicero saca un machete que está muy clavado en la res. Cincuenta centímetros, en solo cincuenta centímetros se acababa el pasillo y empezaba la sala en donde estaba la salida y entrada principal. Se movió un poco. Su pie hizo un chillido. Se congeló. El hombre del machete, o del hacha, también lo escuchó porque había detenido su paso hacia el otro policía. Posiblemente, el hombre que suplicaba por su vida había sentido, en todo ese mar de terror en el que se encontraba, un minúsculo alivio. Su muerte se retrasaría.

Se llamaba Fernando Salmo y estaba recostado en la pared (clavícula izquierda abierta). Contaba con un ángulo de visión que lograba alcanzar a Ricardo Cabal. Estaba casi al frente de él. Cuando lo vio, ese alivio creció. Ese monstruo, que posiblemente había traído al infierno a ese lugar, vio cómo los ojos de Fernando Salmo se hincaban en algún punto a su derecha. Salmo retiró su mirada y la «descansó» en la de él, y de nuevo la fijó en ese punto para volver hacer lo mismo. En ese momento, en ese preciso momento, él se dio cuenta de que alguien se ocultaba a sus espaldas.

Siguió caminando, pero se desvió. En el recibimiento de la sala, en la mesa, había un revólver que había quedado olvidado. Tranquilamente fue hacia allá. Lo agarró y lo sostuvo ante su cara

para observarlo. Ricardo Cabal, en un ataque de cólera, salió de ahí apuntando al asesino.

—¡Alto ahí! —Se le salió un chorro de saliva.

—¿Qué me detenga? —Ni siquiera se volteó. Siguió mirando el arma—. Yo no puedo detenerme. Ustedes debieron detenerse.

Ricardo Cabal observó toda la sala. Había algunos cadáveres con las cabezas unidas solo con un hilo de tejido. Otros tenían agujeros de bala. El piso estaba bañado en sangre. Ni qué decir con la escena de afuera de la estación. Había otros cuerpos tirados. Ese monstruo mató a todos sus compañeros. Él solo lo hizo, él, él y nadie más.

En la pared de su derecha estaba acostado Fernando Salmo. Este lo veía como un niño mira a un adulto que lo socorre.

—¡Suelte esa maldita arma ahora mismo! —Sus manos temblaban. No podía apuntar bien. Se maldijo a sí mismo por ello.

—Soltarla. —Empezó a repetir el hombre del hacha sin darle ningún sentido a esa palabra—. Soltarla, soltarla, soltarla... soltarla.

—¿Estará loco? —se preguntó para sí Cabal—, ¿borracho? —Miró al cadáver de Leónidas Carrascal. La mano derecha tocaba su pie izquierdo. Tenía los ojos abiertos y clavados a los suyos. Le dieron náuseas, cansancio, fiebre... Quería ir y abrazar y besar y acariciar y amar y hacerle el amor a su novia, y hablar con Pablo López... Todo quería hacer, quería vivir. Los gritos de los disturbios se hacían más fuertes. La turba se acercaba o, mejor dicho, la cólera se expandía como epidemia.

—Soltarla, soltarla, soltarla. —El hombre seguía repitiendo, balbuceando—. Debieron soltarla ustedes. Ella, ella, ella les pediría que la soltasen. Mi pequeña jugaba. Mi pequeña reía. ¡Si ustedes hubieran tenido piedad! ¡Bondad! —Su voz se

hacía más aguda con cada palabra que pronunciaba—. ¡Bondad! ¿Cuándo, Dios, habrá bondad en este mundo?

—¡Cierra la maldita boca! Suelta esa arma ya mismo o te dispararé.

—¡Bondad! ¡Bondad! ¿Cuándo, Dios? —empezó a llorar—. Esta sociedad está perdida. ¿Cómo puede una sociedad ser tan indolente? Me quitaron todo y nadie hace nada. Más bien me exigen y termino yo siendo el culpable. Ahora verán.

—Ya suéltala, hijueputa, suéltala. Voy a...

Otra explosión ocurrió cerca. Caballos relinchando pasaron corriendo. Ricardo Cabal pudo ver al jinete de uno acostado y siendo llevado por el animal.

—¿No hay nadie cerca? ¿Nadie está viendo lo que ocurre aquí? Por favor, que alguien venga. —La mente del policía se saturaba de ideas.

Fue cuando el asesino hizo un movimiento brusco. Ricardo no soportó y jaló el gatillo. Cerró los ojos mientras oprimía el gatillo, mas no salió proyectil. En medio del caos de una guerra que se consumaba, el sonido de un clic, de una chispa pequeña, hizo eco en todo el lugar. Era un sonido, un canto, una campana, que anunciaba un desenlace triste y amargo.

El hombre del hacha, sabiendo de la estupidez de su enemigo de no haber quitado el seguro, giró, apuntó y disparó dos veces. Y dos veces recibió fuego el candidato a mayor de la policía. Su revólver cayó al lado de Fernando Salmo, que ya estaba medio muerto. Aun así, no fue impedimento para que el monstruo se acercara corriendo y le atinara un hachazo en la cabeza.

—Abrazarla, besarla... —No lo decía para sus adentros. Su mente daba vueltas y se nublaba. Lo único que veía era esa hacha tambaleándose—. Mal... maldito... hijo de... —Eran los últimos vestigios de plena conciencia.

Ese asesino ya estaba en frente de él y listo. ¿Estaba él listo? Un último recuerdo se iluminó en su mente, mientras el hombre empuñaba con las dos manos el hacha y la levantaba: estaba lavando unos platos y cubiertos con su madre. El aire soplaba a través de la ventana. Las flores del jardín de la casa de la patrona atraían a muchas abejas y colibríes. Olía tan bien. Las risas de los niños y las chicas de las que él estaba enamorado inundaban el lugar. Su madre se acercó. Nunca podría olvidar su cabellera hermosa. Sus ojos, recuerda bien, tan claros que se podían ver de lejos, al punto que impresionaban a cualquiera. Tuvo que dejar los estudios por culpa de su embarazo. Fue expulsada por su familia porque ese niño, él, llevaba sangre de un pobre don nadie. A pesar de eso, ella lo quiso a él como nada en su mundo. Con su contagiosa risa le enseñó a quitar la grasa que tenía una bandeja.

—No te preocupes, aprenderás. —Su voz también era dulce—. En el fondo eres inteligente, pequeño. Hace unos días ni sabías echarle agua a un tenedor, ahora eres el jefe de aseo de esta casa. Solo te digo que con esfuerzo lograrás lo que te propongas. Ten paciencia, Ricar... —No alcanzó a completarse esa escena. El hacha dividió su cabeza en dos. Sus ojos salieron de sus órbitas. La hoja llegó a la zona donde se generó aquel recuerdo. La sangre salió a borbotones y se mezcló con la sangre ya seca de sus compañeros que había en el suelo y en las paredes.

Algunas zonas de la ciudad, y más las que estaban cerca del centro, estaban cubiertas de una pura espesa niebla. Niebla negra que en realidad era ceniza y humo que escupían las destruidas iglesias, las quemadas emisoras, los calcinados edificios gubernamentales... los consumidos cuerpos humanos.

En la calle de aquella estación afectada, no por la ira popular, sino por la ira de un particular, se hallaban en los andenes

anchos unos cuantos cadáveres de policías. Había muchas personas observando. En las ventanas se ocultaban pavorosas, nerviosas y horrorizadas. Mas ni asomaban demasiado ni intentaban hacer algo. Tal vez fue porque sucedió muy rápido. En dos minutos un solo hombre abatió a una estación completa.

Otro minuto pasó y llegaron las hordas de personas. Caminaban por encima de los cadáveres. Entraban con piedras en las manos a la estación y salían con fusiles de ella. Pisaban los charcos de sangre. Miraban curiosos esa masacre y se iban. Las calles se mancharon de huellas rojas que llevaban a todas las direcciones, pero, a la vez, a ninguna.

La horda era heterogénea. Se encontraban compuesta de diversas edades y sexos. Todos civiles. Pero también había policías. Policías que entregaban sus armas a los civiles. Esos policías avisaron sobre la masacre a los demás puestos y estaciones. Ese día, un viernes, el país perdió su virginidad.

El hombre del hacha ya se había ido de allí después de aplicar su justicia. No se fue en un coche. Se fue a pie, según los muchos testigos, lenta y serenamente. No tuvieron que buscar al asesino ni hacer ningún otro esfuerzo. Esa misma noche se presentó un hombre bien vestido en la estación del sur.

Mientras Ricardo Cabal vivía sus últimas experiencias, Pablo López se sentaba en un banquito en la entrada junto al mayor Alejandro y los demás agentes. Veía cómo una multitud se llevaba todos los suministros, las armas y las municiones del edificio. Era una estupidez enfrentarse a esa gente. Ese pacifismo los había salvado de un linchamiento y de un incendio. Además, él y el mayor eran muy conocidos en esas zonas. Algunas personas, con una caja de munición de escopeta o con revólver en sus manos, saludaban a los agentes.

La cara de López mostraba un semblante pálido y distraído. Pensaba en algo, en alguien, mientras ponía su vista fija a la nada. Los policías decidieron dormir en la estación con unos dos en vigilia por seguridad. Pablo López estaba en el mismo lugar, de pie, en el mismo lugar en donde le habían avisado de la muerte de su protegido.

Más arriba de las nubes contaminadas de humo, estaba la luna llena. Era blanca y hermosa, pero nadie podía verla. Allá, en la lejanía, como si ocurriese en otra dimensión, la gente se mataba. Pero no era nada en comparación con lo que venía. Toda la ciudad tenía insomnio. No había uno solo que dormía.

Pablo López seguía allí sin alma, sin vida. No lloró cuando le dijeron la noticia. Esa preocupación que tenía en la cara se había ido. Ahora estaba de pie sin ninguna expresión facial.

—¿Y si eso no hubiese pasado? Eso que pasó hace años, eso que nos separó. —Esa pregunta y mil otras bombardeaban la mente del subteniente—. Quizá él estuviera aquí, porque yo lo hubiera protegido.

Toc toc

Todos los policías estaban acostados. Levantaron la cabeza a la misma vez. La escena fue como una manada de suricatas levantándose sobre la maleza seca de la sabana y que observaba detenidamente a un león aparecido en el horizonte.

Toc Toc

El mayor se levantó. Los demás policías tomaron unos palos, las únicas armas que les quedaban. Pablo López se sentó y se acurrucó poniendo su cabeza sobre sus rodillas cual niño pequeño. Su corazón era una locomotora. El sonido venía de la puerta principal. Las mismas manos que provocaban ese ruido, al chocar con la superficie leñosa de la puerta, eran las que habían matado a trece policías a hachazos. Ese hombre venía a entregarse.

Lo esposaron y lo llevaron al calabozo temporal en donde lo interrogaron. Aquel ser, bajo la única bombilla incandescente que había en la celda, infundía miedo en todo el ambiente. No obstante, su comportamiento era tranquilo. La bombilla emitía intermitentemente luz. Unas gotas de agua, que salían de una grieta en el techo, caían y producían un pequeño eco en todo el sitio. Pablo López fue el último en entrar en el interrogatorio. Se detuvo en seco. Aun con la poca luz, reconoció a ese monstruo.

Publicado por ACUEDI Ediciones
Abril 2022

ACUEDI *es lectura para todos*